EL «PUEBLO» DE PEREZ GALDOS EN «LA FONTANA DE ORO»

POR

ALBERT DÉROZIER

No quiero considerar aquí más que una obra del gran novelista que tan hondamente marcó con su sello el siglo XIX español: *La Fontana de Oro*. Esto por motivos muy singulares. Siendo la primera novela de Pérez Galdós, se supone comúnmente que no ofrece extraordinario interés si se la compara con los *Episodios nacionales* u otras novelas posteriores. No obstante, creo todo lo contrario, y trataré de aclarar este punto de vista en estas breves páginas. Examinaré, pues, *La Fontana de Oro* con respecto a la atmósfera política que la suscitó; esto es, relacionándola con el liberalismo, con la noción de «pueblo» y con las clases sociales en el siglo XIX, entre 1820 y 1870. Y trataré, al mismo tiempo, de mostrar cuál es la consecuencia de esta «circunstancia histórica» sobre la creación literaria misma.

* * *

Como se sabe, se escribió *La Fontana de Oro* en su mayor parte antes de la revolución de 1868 —entre el 66 y el 68—. «Sólo sus últimas páginas son posteriores a la Revolución de septiembre...», nos dice Galdós (1). Se refiere esta novela al segundo período constitucional en España, 1820-1823, el trienio de desdichada memoria, que se terminó con la famosa expedición del duque de Angulema y de los «Cien mil hijos de San Luis», venidos a España para restablecer el despotismo absoluto bajo la protección de la todopoderosa Santa Alianza.

Puede, en realidad, que la génesis de *La Fontana de Oro* sea anterior, porque insiste mucho el autor en que su libro se había compuesto hacía mucho tiempo. Si esperó, pues, varios años antes de darlo a la luz, es porque el alcance político que subraya en cada capítulo no siempre le parecía concordar con la realidad contemporánea; es porque vacilaba en proponer a sus lectores una solución definitiva. Pero lo cierto es que, en diciembre de 1870, dejó de vacilar. Opina

(1) En la *Advertencia* que lleva la fecha de «Diciembre de 1870».

Galdós que *La Fontana de Oro,* al par que establece una relación entre los años de 1820-1823 y la «crisis actual» de 1869-1870, cobra un significado político original: abraza gran parte del siglo XIX y, poco tiempo antes de la primera República, procura averiguar el estado de las luchas entre «moderados», «exaltados» y «reaccionarios». ¿Quiere, por tanto, *La Fontana de Oro* mostrar un porvenir político a una España vacilante? Es imposible negarlo.

La Fontana es algo que cabe llamar una novela histórica, aunque es de un tipo singular. Cuenta la historia de un joven «liberal exaltado», Lázaro, quien debe abandonar Zaragoza después de cerrado su club por la autoridad «liberal moderada» y viene a Madrid animado por la noble ambición de hablar, luchar y promover la revolución. Sus repetidos altercados con su tío *Coletilla,* feroz reaccionario y consejero íntimo de Fernando VII en su camarilla; sus vaivenes y titubeos entre sus amigos de las minorías «exaltadas» y cierta honradez que le prohíbe perpetrar «crímenes»; su credo político, sin tregua amenazado, cada día más frágil, y, finalmente, derrotado: todo esto le conduce a una situación desesperada, y no se salva de la muerte sino por una reunión de arbitrariedades, entre las cuales es preciso mencionar el amor puro y convencional de Clara. En estas últimas páginas es donde vaciló Pérez Galdós antes de decidirse por la solución de «sentido común».

I. Historia y creación literaria

Lo que en primer lugar llama la atención al leer *La Fontana de Oro* es que se trata de una novela basada exclusivamente en una atmósfera política: en este sentido, es una tentativa original en España. Vemos así desfilar numerosos personajes que adquieren una vida intensa. El problema fundamental no es saber si tal o cual personaje son exactos. Importa ver que corresponden a la realidad: una realidad nueva que Pérez Galdós elige aquí para hacer de ella el tema central de la novela. Por ejemplo, al dueño de La Fontana, el café «exaltado» y «revolucionario», le vemos recibir de Elías unas onzas para «vender la diosa misma de la libertad» y repartir las monedas entre un sargentón «que hace ruido», un amigo de Calleja «que tiene voz de becerro», un estudiantillo valenciano por «dos raciones de carne estofada y dos botellas de vino», un lego exclaustrado «que escribe *El azote*», un oficialito que prorrumpe en *Calendas Cartagos,* o un Andresillo Corcho «que sale por las calles gritando».

En esta parte, la creación más original y más interesante no cabe

duda que es la de don Elías, *Coletilla*. «Silencioso y extraño personaje», sale de la sombra del café «exaltado» para ofrecerse a la mirada del lector: de edad avanzada, huesoso, falto de dientes, corva la nariz, con una mirada de pájaro nocturno, amarillo, arrugado, en la cabeza la tradicional gorrilla de terciopelo. Asiste a la Fontana para contarle al rey lo que pasa en los clubs. Es el amigo de Matías Vinuesa, el cura de Tajamón; delató a Pablo Rodríguez, «el cojo de Málaga». Acosado por una facción hostil, se niega a decir «¡Viva la Constitución!», y solamente debe la vida a la intervención —por mera necesidad de la novela— de un joven militar simpático, prototipo de la ideología liberal más confortadora.

Don Elías lleva el apodo de *Coletilla,* lo mismo que el general Eguía, cuyo odio contra toda innovación le hacía llevar el pelo con coleta en 1820, igual que en tiempos de Carlos III. Había nacido Elías en 1762 en Aragón, y morirá después de 1824 en las mismas condiciones poco gloriosas que el general (2). Hijo de una familia rural acomodada, y hasta privilegiada, se le había considerado como «predestinado a grandes empresas y a notables prodigios». Había trabado relaciones muy estrechas con la sociedad clerical, después de la Universidad, y luego se había distinguido durante la guerra de la Independencia. Fanático y anticonstitucional, poseía una manía: «Esta pasión era el amor al despotismo, el odio a toda tolerancia, a toda libertad.» Pérez Galdós caracteriza a su personaje con vocablos duros: «furibundo», «atroz», «fanatismo», «adhesión frenética a un sistema», e incluso «loco». Lo cual no le impide ser inteligente, y explica de cierto modo su carácter indomable. Los dos *Coletilla,* el de la historia y el de *La Fontana de Oro,* se confunden en sus rasgos esenciales. Desde un principio quiso el autor mostrar aquí al partidario sanguinario e incondicional del sistema arbitrario.

Y Pérez Galdós, con el deseo de justificar más aún el apodo de *Coletilla,* añade a la psicología del personaje otro elemento histórico: el mote de *Coletilla* procedería de la famosa coletilla añadida por el rey a su discurso del 1 de marzo de 1821. Pérez Galdós acumula las semejanzas y las analogías. Elías es también el amigo de Fernando VII, es un individuo de la camarilla. *Coletilla* viene a ser, pues —a consecuencia de una serie de asimilaciones—, como una antología: encierra en sí mismo tres justificaciones históricas.

Ahora el personaje —de carne y hueso— tiene una realidad histórica y el autor lo incorpora en el medio social del cual ha brotado. En 1814 don Elías es feliz porque se hace el amigo del duque de

(2) Nacido en 1750 en Durango, muere el general Francisco Ramón Eguía en 1827 en Madrid, aislado, olvidado y despreciado por sus amigos reaccionarios.

Alagón, «individuo de la odiosa camarilla» y toma parte en «los sordos manejos de aquella Corte infame». En 1820, en los albores del trienio constitucional, conspira con «rabia crónica», «desorden moral» y «frenética tenacidad». Organiza la reacción, fomenta la subversión. Personaje calcado del histórico Eguía, «el restaurador», va adquiriendo vida original y fuerte en la novela. Es una creación literaria única, al margen del «pueblo» que no conoce y al que asimila con el populacho, como lo veremos pronto.

En cuanto a Lázaro, el héroe de la novela, sigue el mismo caminar: personaje a quien se podría creer meramente novelesco, está incorporado en un medio histórico. Pérez Galdós le quiere más arbitrario, sin duda, pero no vislumbramos inmediatamente el motivo: «En épocas como aquélla, la política, el proselitismo, el espíritu de secta engendraba grandes pasiones.» Lázaro, por consiguiente, es un apasionado, dotado con una especie de predestinación mística, lo mismo que *Coletilla,* pero a la inversa; es el «apóstol de las nuevas ideas»; espera la gratitud de todo un pueblo. Mezcla de romanticismo, de deseo de gloria, de noble vanidad, quiere «cumplir una gran misión».

Pero Lázaro —porque en el personaje tiene que haber fallas, al contrario de *Coletilla*— no se confiesa a sí mismo lo que anhela exactamente: «Los jóvenes como aquél no gustan de concretar las cosas porque temen la realidad.» Por muy interesante que sea esta reflexión en la historia de las revoluciones, no nos satisface. Lázaro quiere ganar una posición social; es ambicioso; sueña con «intenso palmoteo». Una carta nos revela asimismo que es aficionado a la lectura, que es buen cristiano —lo que no nos extraña— y que pasa por una crisis de adolescencia que le lleva a hablar y a darse a conocer (3). Pérez Galdós aquí también procede por pinceladas sucesivas. Primero llena a su personaje con una potencia de historia y de realidad política para comunicarle una consistencia, una realidad; multiplica las anécdotas, los contactos con la vida, los acontecimientos auténticos, como cuando se trataba de *Coletilla:* el resultado es un personaje verdadero, histórico, palpitante. Y luego este personaje, hecho real, interviene sobre la propia realidad. Surgido de la historia, ella le moldea y él la modifica a su vez. Sin embargo, permanece una ambigüedad: Lázaro no posee la densidad histórica de *Coletilla.* Se empeña Pérez Galdós en negársela desde las primeras páginas. Comprenderemos luego por qué.

Antes del período novelesco que nos interesa, Lázaro fue, en Zaragoza, un estudiante simpático y de rectas intenciones. Después ha venido a ser «propagador político» —por generosidad, según parece—

(3) Recuérdese a los personajes de la novela histórica de Unamuno *Paz en la guerra*; Ignacio Iturriondo y Pachico Zabalbide, a propósito de quienes este mismo estado de crisis está descrito de manera mucho más minuciosa.

y la autoridad le obligó a salir de Zaragoza en una época de «tumultos y manifestaciones que el Gobierno quiso reprimir», a raíz de la destitución de Riego del mando de capitán general de Aragón. «Politicómano ferviente», que se había distinguido en los clubs «por sus elocuentes arengas», Lázaro vuelve a su aldea, y se olvida de la Revolución francesa, del *Emilio* de Rousseau, de las *Cartas* de Talleyrand y del *Diccionario* de Voltaire. Es el prototipo del estudiante de un medio social rural y sencillo, pero bastante acomodado, dado que se le pudo enviar a la Universidad y pagar sus caprichos juveniles. Pérez Galdós subraya con insistencia esta característica social y la va a utilizar a lo largo de su lógica demostración, para llevar a su lector a deducir la irresponsabilidad social, histórica y —claro está— política de su personaje.

El obstáculo mayor que resulta es que Pérez Galdós, cegado por su preocupación de demostración política, cuyo alcance vamos a apreciar, fabrica desde el comienzo hasta el fin un personaje cuya psicología es discutible. Puede opinar el lector, al principio de la novela, que Lázaro es un «joven exaltado». Pero cuando se le escucha pronunciar la apología del buen monarca y de la monarquía constitucional, de la moderación y del orden; cuando se le ve denunciar los «excesos sangrientos» de la Revolución francesa, y al mismo tiempo condenar el viejo despotismo de Carlos IV y de su favorito Godoy (4), se titubea en situarle aquí o allí. Y cuando finalmente se le ve, mezclado con «el populacho frenético y estúpido», inflamar los espíritus y llevarlos a la violencia y al crimen, con razón se puede estar desconcertado. Todo esto encuentra, sin embargo, su justificación política, pero en menoscabo de la integralidad y de la verosimilitud del personaje.

Que Lázaro no es sobradamente perspicaz, todo nos lo dice, en la Historia como en la novela. Varios indicios pudieran, por ejemplo, llevarle a pensar que su tío *Coletilla* está en connivencia con ciertos «frenéticos» y que su actitud «menos adusta que de ordinario», no traduce «cierta benevolencia» para él. Uno puede extrañarse en particular de ver al viejo reaccionario manejar sin precaución a su sobrino y mandarle a la Fontana de Oro, caída entre las manos de los «disidentes», es decir, de «los violentos». No experimenta Lázaro más que sorpresa. Según otros indicios, debería persuadirse de que la devota doña Paulita está enamorada de él y aprovecha la situación para procurar orientar a su discípulo por otro camino diferente del amor

(4) «No quiero medrar a la sombra de un tirano que pague la adulación con dinero» (cap. XVIII, «Diálogo entre ayer y hoy»).

místico. Por fin la conducta de nuestro héroe, frente a la virtuosa e inocente Clara no deja de sorprender: duda de su pureza por motivos tan fútiles como inverosímiles. Todo esto —hay que repetirlo— no es casual. Lázaro, bajo la pluma de Pérez Galdós, no es sino el principal instrumento de una demostración.

Lázaro (personalidad conscientemente deformada) y *Coletilla* (verosimilitud histórica inatacable) evolucionan en el medio turbio de los años 1820-1823. Se encuentran con otras creaciones literarias interesantísimas: por ejemplo las tres viejas «ruinas aristocráticas», las Porreño, dueñas secas, «intolerantes, rígidas, orgullosas», «ceremoniosas y tiesas», preñadas de una tristeza helada; los «revolucionarios» de la Fontana de Oro (ignorantes, inconscientes o sospechosos, según los casos); los abates, que visten «con primor y coquetería», característicos de fines del siglo XVIII, es decir, de la galomanía, y en vías de desaparición durante el trienio constitucional; uno de ellos, el ex abate Gil Carrascosa, más hábil o más diabólico que sus cofrades, educado entre los frailes agustinos, luego tránsfuga, después abate «por amistades palaciegas» a fines del siglo XVIII, «ardiente liberal» en 1812, amigo del duque de Alagón cuando la restauración fernandina, «absolutista decidido» entonces (realistón, servilón, pelón), perro fiel del capellán del rey, Ostolaza, familiar de ciertas capas sociales, desde la aristocracia hasta la reacción, pasando por el liberalismo con todas sus facetas, que se define a sí mismo como «hombre de orden» frente a *Coletilla* y los realistas netos, pero que sabe «navegar a todos los vientos» y cambiar de casaca si da el caso, «exaltado» y hasta comunero si es preciso, algo truhán a sus horas, comprometido con prudencia, tercero, rebuscador de buenas fortunas, buen amigo, en fin, del militar Claudio Bozmediano, el hijo de un consejero de Estado todopoderoso en el sistema liberal.

Por lo demás, representa Bozmediano una transición hábil con el medio meramente histórico. Es comandante, hijo de un legislador de Cádiz, quien había seguido por su parte la carrera acostumbrada de todos los liberales antes de ocupar «uno de los más elevados puestos en la política», es decir, el de consejero de Estado. Se trata, según nos dice Pérez Galdós, de un personaje contemporáneo, y, por consiguiente, «auténtico», nunca movido por el interés y que trató de «dirigir por camino recto la torcida voluntad» de Fernando VII. El hijo, Claudio, tiene, pues, la «autenticidad histórica» de su padre. Su situación social le da el desahogo. Además tiene espíritu caballeresco. Es un liberal «puro» y «honrado». Cree en los buenos sentimientos, sin carecer de cierta lucidez política, que caracteriza el medio liberal moderado: «El mayor inconveniente es la impaciencia», exclama, lo mis-

mo que otro liberal de la generación anterior (5). Sin reparar en las manifestaciones violentas de la calle, prefiere esperar y estar velando. Pérez Galdós le tributa más que indulgencia; hace de él como un portavoz que no vacilará, cuando llegue el momento, en enseñar a los indecisos en materia política dónde está el camino de la generosidad razonable (6).

Tiene además Claudio Bozmediano una verosimilitud sentimental, al contrario de Lázaro. Gusta de las aventuras femeninas. Intentará raptar a Clara, en el más puro estilo novelesco. No pocos trozos de Pérez Galdós subrayan esta coherencia interior del personaje, simpático y persuasivo a cada momento de la obra.

Con él penetramos de lleno en la Historia. El es quien sirve de enlace con cierto medio oficial de ministros, generales, consejeros de Estado y altas personalidades políticas o civiles: Martínez de la Rosa, el conde de Toreno, el primer ministro Felíu, Argüelles, Valdés, Alava, García Herreros, «el poeta» Quintana, Calatrava, el marqués de las Amarillas, etc.

Lázaro, por su parte, desempeña idéntico papel de enlace con un mundo histórico algo diferente, más difuso, el de los oradores «exaltados» de la Fontana de Oro, masones o comuneros: Antonio Alcalá Galiano, «feo andaluz», de elocuencia robusta y rematada, colérico algunas veces, de gran talento y poca edad, de espíritu exacto y razonador, «pico de oro», «el espada de los *oraores* (7); Juan Romero Alpuente, expresivo, enérgico, enemigo de los privilegios y del rey (8); Josef Moreno Guerra, «agitador» de las Cortes; Nicolás Garelli; Alvaro Flórez Estrada, famoso economista y precursor del socialismo en España, y otros ciento, conocidos o ignorados.

Al fin *Coletilla* nos pone en contacto con una faceta que no nos fuera lícito conocer sin él: los íntimos de Fernando VII, la camarilla,

---

(5) Manuel Josef Quintana, en sus *Cartas a lord Holland.*

(6) Juzgando a los agresores de *Coletilla,* estima que no son liberales auténticos. Indignado, sin embargo, al suponer que se pueda quitarles la libertad a unos y no a otros, estima que la libertad es un «derecho colectivo», a pesar de las primeras «imprudencias».

(7) *La Fontana de Oro,* cap. I, «La carrera de San Jerónimo en 1821», y cap. II, «El club patriótico». El propio Alcalá Galiano evoca estos acontecimientos en sus *Recuerdos de un anciano,* cap. «Las sociedades patrióticas de 1820 a 1823». Por otra parte expresa vehementemente el deseo que no se le clasifique entre los oradores «revolucionarios», y considera que es «atrozmente injurioso» que se le haya comparado con Danton, «el feroz demagogo incitador de sediciones y matanzas, cuya memoria está unida a la de los asesinatos de septiembre» (Véase la *Historia política y parlamentaria de España,* Madrid, 1860, 3 t., debida esta obra a la pluma de un reaccionario de buena cepa, Juan Rico y Amat.)

(8) «¡Abajo los privilegios, abajo lo superfluo, abajo ese lujo que llaman rey!... Cada uno de estos oradores tiene sus partidarios en el público. Interesante es aquí la relación entre las consignas del primero y las del segundo. Solamente algunos comuneros quieren eliminar al rey del sistema político.

los realistas «netos», el rey mismo. A este respecto, la escena final es reveladora. Fernando VII, «el monstruo más execrable que ha abortado el derecho divino» está con su «perro favorito», *Coletilla.* En voz baja, calculan las probabilidades de acierto del tumulto que han armado en la capital. Se alegran de que el joven Lázaro haya servido tan bien la «Santa causa», sin saberlo. Y están preparando juntos una represesión atroz, bajo el amparo de Luis XVIII y de la Santa Alianza. Naturalmente abandonamos aquí el campo de la creación literaria *stricto sensu* para penetrar en el de las opciones políticas del autor, pero en esta evocación de personajes que se sitúan en dos niveles históricos (el nivel histórico puro y el nivel histórico verosímil, «auténticos» los dos) hay una tentativa que podemos calificar de original en la novela española del siglo XIX.

Así planteados en su principio, estos personajes pueden ahora ser confrontados indiferentemente a cada momento con los acontecimientos históricos y con la realidad en general: porque, para comunicarles consistencia y vida, quiso Pérez Galdós que dialogaran con lo real y que intervinieran sobre él. Basta ver la atmósfera de los cafés revolucionarios o de las logias masónicas: la Cruz de Malta, el Gran Oriente, Lorencini, Vicentini y, el mayor entre todos, La Fontana de Oro. Salas dotadas comúnmente de bancos y de tribuna, atraen a un público ruidoso. Sesiones públicas, sesiones secretas y conspiraciones se suceden allí. El estrétipo a veces es espantoso. Otras veces los «exaltados» arrojan a los «moderados». Es un lugar de cita para la «ardiente juventud» (9). No se puede negar que la evocación de la Fontana de Oro es fidedigna, en su doble importancia de absceso de la agitación popular y de medio político para «fanatizar» los espíritus, con propósitos que naturalmente discrepan (10). No todo en el café es «revolucionario», aunque el gato se llama *Robespierre* (11).

Este ambiente no se puede disociar de las asonadas que cada semana amenazan a las personalidades moderadas que están en el poder, suscitándolas algunos elementos exaltados o reaccionarios que se sirven de la multitud callejera para lograr sus fines, como lo suele repetir Pérez Galdós en nombre de sus convicciones personales.

---

(9) Pérez Galdós repite a menudo la fórmula como para aguzar la sensibilidad del sector.

(10) Es un hecho histórico, en efecto, que la Fontana fue el lugar de batallas políticas violentas entre la primera generación liberal y la segunda, que intentó orientar al gobierno y que le inquietó hasta tal punto que éste tuvo que cerrarla, lo mismo que otros clubs «revolucionarios». Pero es de desear también que no se confundan las responsabilidades. Véanse sobre el particular *Manuel Josef Quintana et la naissance du libéralisme en Espagne* (cap. V de la segunda parte) y *L'histoire de la «Sociedad del Anillo de Oro»*, de ALBERT DÉROZIER.

(11) Hasta el final tendrá que sufrir el pobre «Robespierre» la rechifla del autor, que se complace en recalcar su «admirable franqueza republicana».

¿Cuál es el proceso de la asonada? Por lo común brota de una sesión de la Fontana de Oro, durante la que los asistentes, después de promover «los gritos del tumulto popular», encendidos a su vez por ellos, salen a la calle para manifestar su fuerza. Una noche corren a allanar la casa del conde de Toreno. Otra noche, la de Pablo Morillo, el capitán general de Castilla la Nueva (12). Otra noche, los *chisperos* más afamados de los barrios populares dejan los hierros y «salen en busca de aventuras», alentados por el tumulto (13). Otra noche, en fin, el 18 de septiembre de 1821 —fecha histórica—, se prepara la «procesión» patriótica para pasear por las calles, al día siguiente, el retrato de Riego: manifestación organizada por los clubs y prohibida por el Gobierno, el cual no titubea en maltratar al «fundador de las libertades de España».

Toda esta evocación está impregnada de historia. Zaragoza no se ha sublevado cuando el Gobierno destituyó al héroe de la Independencia, después de pretender que fomentó gravés desórdenes en Aragón. Los «enemigos de la libertad» están coligados contra él, y en todas las provincias el poder moderado aparta a los «buenos liberales» de los cargos públicos para instalar en ellos a individuos venales (14). Verdad es que esta acusación vehemente contra Zaragoza le permite a Lázaro desempeñar cierto papel, pero Pérez Galdós se limita a los hechos, porque lo exige su libro. Por lo demás el joven, empujado hasta la tribuna para tomar la defensa de su antiguo club, habla ante un público de diputados, de escritores y de políticos eminentes: ¿no concuerda esto también con la realidad?

Por lo que se refiere a la famosa «procesión cívica», se produce en medio de un ambiente de conspiración y de gran agitación. Algunas personas más sensatas pugnan en vano por ordenar y dirigir a un «pueblo dispuesto a una gran manifestación» y pronto a obedecer a una voz: «Cuando aquel hombre ha hablado —apunta el autor de *La Fontana de Oro*— la multitud ha ... adquirido lo que no tenía: conciencia y unidad. Ya no es un conjunto inorgánico de fuerzas ciegas; es un cuerpo inteligente cuya actividad tiende a un objeto fijo,

(12) Morillo, en efecto, prohibió las asonadas y serenatas estrepitosas: durante la noche del 17 al 18 de septiembre le molestó el «populacho», como es dable comprobarlo a través de los testimonios históricos.

(13) La industria del hierro y otros metales era floreciente en Madrid (así como en Sevilla y Barcelona), sobre todo a partir de la primera guerra carlista y a pesar de ella, porque España trataba entonces de tomar parte integrante en el movimiento industrial que caracterizaba la época. Es de sentir, sin embargo, que Pérez Galdós no haya visto a los «chisperos» en su *Fontana de Oro* sino por el lado pintoresco.

(14) *El Zurriago, La Terceroia* y todos los periódicos comuneros suelen proclamar en todos sus números que nuevos jefes políticos, enemigos de las libertades, han sustituido a los antiguos, honrados e incorruptibles. Véase la *Histoire... de l'Anillo*, ya mentada, pp. 25-28 y ss.

bueno o malo, pero al cual se encamina con decisión y conocimiento». Será preciso volver a analizar esta opinión de Pérez Galdós.

El retrato de Riego, llevado por cuatro socios de la Fontana, avanza en medio de la confusión, a través de una multitud incoherente, sin conciencia, desordenada y apiñada. Recorre las calles, se detiene indecisamente, vuelve a avanzar, según los flujos o las casualidades, ha venido a ser el esclavo de los movimientos internos de la turbamulta. Después de llegado a las Platerías, choca con la tropa y el capitán general Morillo, el cual, lleno de «aplomo» y «entereza» sobre su caballo, manda retroceder a la manifestación mientras que está esperando un regimiento (15). La manifestación, a pesar de su deseo de tributar un homenaje «moral» a un héroe de la patria, sabe que no tiene armas para hacer frente a los soldados y tiene que retroceder y esparcirse. ¿Le ocurre volver a unirse alrededor de un orador que intenta reprimir el impulso de los fugitivos? A pesar de grandes aclamaciones y exhortaciones, en medio de movimientos y empujones de extraordinaria confusión, aunque vacila para oscilar a un lado o a otro, tiene que ceder ante la tropa y desbandarse. Después de las últimas vociferaciones alrededor del orador —Lázaro— y algunos remolinos de gente, la oleada humana huye. Enmudece el orador. La turba también. Ha cambiado por completo la situación. ¿No concuerda esto también con la realidad?

Pero continúa la Historia. Bozmediano, «distinguido, rico e influyente», consigue la libertad del imprudente orador, después de «muchos empeños y recomendaciones» y después de convencer al secretario del jefe político (16). Pérez Galdós nos da a entender aquí el vicio político del sistema, lo que le es fácil porque no está —ni mucho menos— en contradicción con la verdad histórica.

Los menores detalles históricos por fin traducen una preocupación o una verdad históricas. Por ejemplo, la suerte infausta de tal orador revolucionario de un club de Zaragoza, Bernabé del Arco, muerto por el «populacho» (17). Por ejemplo, la visión final de varias personalidades liberales entre las más eminentes, que se prestan apoyo mien-

---

(15) Pérez Galdós emplea a menudo la palabra «manifestación», la cual no cabe duda de que no estaba de moda en 1820-1823. La llena de un significado que no tenía en aquella época y que no adquirió sino mucho después del Trienio. En este caso, lo mismo que en otros, al autor de *La Fontana* le traiciona su bocabulario.

(16) José Martínez de San Martín, aunque no se le nombra aquí. Estamos bajo el ministerio Felíu. Este, después de Argüelles, atacó abiertamente las sociedades patrióticas e «hizo de aquel nueve jefe político de la capital un instrumento de destrucción de las tribunas populares, en las cuales se expresaban las opiniones con demasiada libertad, al gusto de la autoridad» *(Histoire... de l'Anillo,* páginas 49-50).

(17) «¡Así castiga el pueblo a los que le engañan!», dice *Coletilla.*

tras conocen que gran parte de la opinión pública las odia (18). Por ejemplo, las numerosas visitas de tal consejero de Estado a un ministro (Bozmediano y el marqués de las Amarillas). Por ejemplo, también las noches que pasa Quintana en el Teatro del Príncipe (19). Fácilmente se pueden alegar otros ejemplos.

He hablado de Historia y creación literaria que se sitúan en dos niveles históricos. A éstos se añade otro nivel que a veces se agrega a ellos, a veces se compagina con ellos y otras veces se superpone: el nivel novelesco, sentimental. Y desempeña, poco más o menos, el mismo papel en la obra: intervención sobre lo real o lo verosímil por una parte, mensaje por otra parte. Aquí se sitúa Clara, joven y huérfana, recogida por *Coletilla,* después de que pasó en el convento algún tiempo de una vida siniestra y estrecha, ahogada bajo los rosarios y el *camaranchón.* Encuentra en casa del viejo reaccionario una vida «sin juegos», «sin amables compañeras», «sin alegrías», «sin expansiones» y, naturalmente, sin ternura. Encerrada según el humor del día, «desdichada mártir», está a punto de morirse cuando una estancia en el campo, en medio de gente sencilla, le devuelve la vida y le hace conocer el amor de Lázaro.

Durante esta larga aventura, la cual va a ocupar gran parte de la novela, vemos la tradición novelesca, característica de la novela en el siglo XIX, chocar con elementos exteriores —lo real, lo auténtico—, y este encuentro inaudito contribuye a dar originalidad a la creación literaria. Clara, a pesar de su psicología somera y poco convincente, influirá hondamente en Lázaro y será un elemento importante en el ciclo de su «redención».

Dudo en hablar de la intriga menor de doña Paulita, la beata enamorada de Lázaro —ora coqueteo, ora pasión fatal—, porque no es sino una complicación novelesca, un poco caricatural e inútil. Sólo es un juego irónico por parte de Pérez Galdós, con el propósito de suscitar la sonrisa del lector y hacer burla, con demasiada facilidad, de Santa Teresa y el arrobamiento místico. ¿Propende esto a tranquilizarnos? No lo creo. Que posea sentido común el autor de *La Fontana de Oro,* ¿quién lo duda? Pérez Galdós, si es un conservador, no es un beato: pero esto no compensa aquello.

Este, pues, es el encuentro —tres niveles— de la Historia y de la

(18) La prensa comunera *(El Independiente, El Tribuno, El Zurriago, La Tercerola, El Descamisado, El Gorro* y algunos más), que tiene otros motivos que Pérez Galdós para condenar con severidad a Martínez de la Rosa, Toreno, Felíu y Argüelles, lo repite incansablemente.

(19) M. J. Quintana había sido censor de teatros antes de la Guerra de la Independencia, al par que autor de tragedias y obras didácticas sobre el teatro. Pérez Galdós copia aquí una costumbre del escritor liberal que ocupa además, durante el Trienio, otros cargos oficiales: presidencia de la Junta Suprema de Censura, Comisión de Reforma de la Instrucción Pública, etc.

literatura. Los personajes históricos, auténticos o novelescos, brotados de la Historia en grado diferente, intervienen a su vez sobre ella. Pero claro está que estos elementos, tales como los quiso Pérez Galdós, no nos aparecen como fin, sino como medio, porque no sabemos casi nada aún de la sociedad por la cual se mueven y sobre la cual actúan para transformarla.

II. ¿Pueblo y afrontamiento de clases?

Marca el trienio constitucional en España —nadie lo ignora— una época nueva en política. El primer período constitucional (1808-1814) había consagrado la victoria del liberalismo como sistema y como partido político. Victoria y también límites. El período de restauración absolutista (1814-1820) deja bastante tiempo para la reflexión, y las aspiraciones democráticas que hasta entonces no habían podido expresarse, lo mismo bajo el liberalismo como bajo el absolutismo, van ahora a intentar aparecer políticamente. En este sentido el golpe de Estado de Riego abre una era política nueva. El viejo partido liberal se disloca. Sus jefes tienen unos cincuenta años. Se ven amenazados por un nuevo «liberalismo», contra el cual oponen con miedo el «buen sentido», la «razón», la «prudencia», la «moderación», la «necesidad de orden», el «interés del Estado», al par que su propia experiencia y su madurez política y el peligro de toda «exaltación», «subversión» o «republicanismo», siendo estos tres términos —poco más o menos— sinónimos.

Pérez Galdós nos sugiere el problema a su modo desde un principio: hay —según nos dice— un desequilibrio entre la primera generación liberal y la segunda; esta última avanzaba con más rapidez que la precedente, la cual no quiso seguirla. Por lo cual la generación nueva acostumbró reunirse en los cafés patrióticos, en los clubs, movida por la impaciencia y las aspiraciones, deseosa de provocar los aplausos populares. Así es como nació una «democracia» al calor de la revolución, para tratar de establecer el «moderno criterio político». Era una juventud cuyos «grandes delirios bastardearon un tanto los nobles esfuerzos», pero que se había propuesto formar y educar la opinión pública, inexistente hasta entonces. Fueron los oradores los neófitos exaltados de un nuevo culto y, andando el tiempo, fueron experimentando el deseo de dirigir los negocios públicos, de enmendar los errores del Gobierno y de «imponerse a la nación». Las ambiciones personales engendraron la corrupción y el absolutismo utilizó estos vicios para triunfar. Tal es el argumento del capítulo I de *La Fontana*

de Oro. Quisó Pérez Galdós que fuesen muy claras las cosas en la mente de sus lectores al empezar. Se propone a continuación evocar el combate entre una «sociedad decrépita» (a la cual casi no pinta por lo demás) y una sociedad joven, «lozana y vigorosa», «llamada a la posesión del porvenir» (20). Está claro que haciendo del paso del Antiguo Régimen a las modernas instituciones una contienda de generaciones, y negándose a plantear el problema en términos de conflicto social, el autor de *La Fontana de Oro* nos muestra que optó ya *a priori*.

Ahora bién: he dicho que el trienio señala el principio de las reivindicaciones sociales. Esto nadie lo puede negar. Los periódicos de aquella época —para no hablar más que de ellos— lo ponen de realce no pocas veces y con términos no equívocos, que se trate de la prensa de los comuneros, de los masones o de los moderados. En algunas ciudades (Madrid, Zaragoza), artesanos y obreros empiezan a manifestarse como clase y se niegan a abandonar su destino al liberalismo, porque saben que no pueden esperar de este sistema político la defensa de sus intereses. Por otra parte, los «moderados» pugnan por terminar su revolución y las medidas económicas que toman (comercio, industria) nos muestran que la vida política del país está subordinada a los «capitalistas» de Cádiz y de Sevilla. El conflicto, pues, es económico y político. No solamente es sentimental.

¿Juventud ardiente? ¿Público entusiasta? ¿Trátase con esto de los artesanos y obreros de que hablaba? Algunos ejemplos podrán convencer al lector.

Pérez Galdós maneja de buena gana la noción de «pueblo». Cada página de *La Fontana* alude a ello. Entre 1814 y 1820, el «pueblo de la calle» es un espectador («un convidado más»), en contraste con los «alcaldes, funcionarios, gentileshombres, frailes y generales». A partir del trienio interviene todos los días el «pueblo» espontáneamente, por una especie de voluntad común, organizada —ya lo veremos— para fines políticos. Tiene una «actividad revolucionaria». Es un «público más plebeyo» y suele reunirse, al atardecer, en los cafés patrióticos para aplaudir ruidosamente a sus ídolos. Por ejemplo, el barbero Gaspar Calleja, «héroe de la revolución» y enemigo feroz de Fernando VII. Se quitó el «don» después de 1820 y se hace llamar «ciudadano Calleja». Corta todas las semanas las barbas a un «centenar de liberales de los más recalcitrantes». Es una especie de cacique de su barrio, de jefe de los «ociosos» (21), poco distinto de los que siguen la moda y

(20) «En este libro asistiremos a algunos de sus encuentros.»
(21) En su tienda hay tres mozos, uno de los cuales se dice pariente de Porlier, «el mártir de la libertad». Vemos que Calleja ocupa ya cierto nivel social.

pasean por las calles (22). No son, hablando en propiedad, los medios proletarios, o mejor dicho, los confunde intencionalmente Pérez Galdós con los oficios de las capas sociales inferiores: «el gremio cocheril» que emplea el día paseando por las calles las carrozas de los grandes; los lacayos (23); la gente menor que guía tartanas, calesas o galeras; los esportilleros; los mozos de cuerda; los aguadores; los prenderos; los ciegos con sus guitarras; los *chisperos;* las planchadoras; las zurcidoras; las estereras; los zapateros de viejo; algunos soldados; algunos estudiantes. No son más que indicaciones pintorescas: en vano se buscaría un análisis social.

En el público de la Fontana, «ignorante» o «pérfido», «canalla estúpida», es donde empieza a asomar una descripción que no solamente es pintoresca. Capitanea Calleja una turbamulta de «aplaudidores» tan ignorantes como él. Dirige la bullanga que impide hablar a ciertos orador (24). Su mujer, Teresa Burguillos, que se hizo liberal, lee «con muchas dificultades», comprende las cosas «al reves» y «a fuerza de mascullones» se entera de algunos discursos: «se había hecho una gran política», lanza con sarcasmo Pérez Galdós. Teresa admira con entusiasmo a Riego y a Quiroga. Le gustan las bellas fórmulas. Se muere por pronunciar algún discurso, lo mismo que su marido.

Este pueblo se arroja a la calle cuando está bastante emborrachado, con el vino o con las palabras: un chalán, un matutero, un caballero conocido por sus trampas, un mocetón. Algunas veces el retrato de los jóvenes «revolucionarios» encierra más detalles: Francisco Aldama, el amigo del barbero Calleja, es un «fontanista exaltado», de ignorancia crasa, con esta osadía que siempre acompaña a los tontos, y participa en todas las asonadas. Es el compañero idóneo de otros bandidos: la gente turbia de la plaza de la Cebada, «Tres Pesetas», «Chaleco», «el Matutero», «Perico Tinieblas», etc., cuyos apodos caracterizan bien la baja extracción social. Por eso, según Pérez Galdós, este público no es sino «un inmenso grupo de oyentes trastornados y dispuestos a hacer la apoteosis del primer advenedizo». Por eso cualquier manifestación popular está «pronta a improvisar un héroe en cada calle». Pérez Galdós no le tiene más que desprecio al «populacho»; los «ecos infernales» de la Fontana sólo pueden ejercer «fascinación singular»

---

(22) Se trata aquí del público descrito también por Alcalá Galiano en sus *Recuerdos de un anciano.* Mesonero Romanos, en sus *Memorias de un setentón,* y Somoza en sus *Recuerdos e impresiones (Una mirada en redondo a los setenta y dos años).*

(23) Contra ellos emplea Pérez Galdós palabras particularmente duras. ¿Por qué no se explica sobre este punto?

(24) Es una verdad histórica en efecto que, durante el año de 1821, Garelli, Toreno, Martínez de la Rosa y otros tuvieron que abandonar el café, porque se toleraba mal su presencia y se admitía peor su compromiso político.

sobre las almas frágiles. Por lo cual se dedica a prevenirlas a cada momento.

Se podría suponer que todos estos personajes —cuando tienen un oficio entre los más humildes en las capas inferiores de la sociedad— vuelven a encontrar una especie de virtud lejos de la Fontana, pero pasa lo contrario. Cuando Clara se ve arrojada a la calle por las tres dueñas, topa sucesivamente con unos hombres borrachos que gesticulan como «demonios», vocean y la persiguen; con una turba —monstruo espantoso— que avanza entre clamores; con una mujer del pueblo que la rechaza brutalmente cuando le pregunta por su camino; con una mendiga fingida que lleva a un chico de la mano para estafar a los transeúntes; con unos mozos impertinentes; con unas mujeres y transeúntes que la quieren mandar a la cárcel porque creen que ha *robao* un lío; con un majo —de sabroso hablar popular— que la quiere seducir; con un trapero que revuelve los escombros y se burla de ella de una manera característica de su medio social (25); con un clérigo, de vestido muy raído, evidentemente pobre, libidinoso y bribón, que quiere aprovechar la ocasión y atraer a Clara hasta su casa, situada en un callejón oscuro y miserable (26); con un sereno, de «buena intención» pero «de muy mal humor»; con un barrio horroroso poblado de brujas, de inmundicia, de ruinas, de cuestas escarpadas, de graznidos de aves; con una niña que la toma por una bruja y huye despavorida; con mujeres de voces confusas y discordantes, «horda de Euménides», aves nocturnas con gritos humanos; con un arriero que no la maltrata por haberla visto demasiado tarde; con otro sereno poco locuaz; con una mujer en una taberna que la engaña a última hora para divertirse, y, por fin, con gran tropel de borrachos que gritan y bailan, y entre los cuales uno la agarra y quiere llevársela (27).

«Vía crucis», nos dice el autor. Esta acumulación no es fortuita. Todas las experiencias son equivalentes, todas son negativas. Todas traducen el mismo pensamiento esencial: ¡Aquí están los representantes de las bajas capas sociales! ¡Aquí está el verdadero pueblo! ¡Aquí están los famosos exaltados! ¡Aquí es donde reclutan sus tropas los «revolucionarios»! El espectro espantoso es el pueblo, y este

(25) Todos estos ejemplos pertenecen al capítulo XXXVII.

(26) ¿Hay que ver anticlericalismo en este pequeño cuadro? En absoluto. El tema anticlerical desde siglos es familiar en la España clerical. Añadiré que este clérigo parece interesarse generalmente por las mozas amables y livianas de su barrio: como se ve, no cambia el medio social.

(27) Como es de suponer, se trata de «Chaleco», «Tres Pesetas», etc. Estos retratos pertenecen al capítulo XXXVIII. Pronto veremos a uno de estos personajes, el tabernero Pascual —exaltado entre los más—, roncar borracho perdido, «que parecía su voz una burla durmiente del ronquido popular que sonaba en las calles...». Añadamos esta reflexión a las otras, sin hacer más comentario...

«pueblo» no es otra cosa que esta lepra, esta podredumbre social. Hubiéramos echado de menos la explicación, de no haberla dado Pérez Galdós. La confusión es voluntaria: bajo pueblo, oficios para pobres, calle, turba, revolución (28).

Y precisamente porque sabe Pérez Galdós que su lector se dejará llevar fácilmente de cierta espontaneidad, insiste extensamente en la turba. Es un conjunto movedizo que inquieta y fascina. Se hace lo que se quiere con ella: la conciencia de un hombre inteligente o perverso viene a ser la «conciencia» de la muchedumbre. Cuando Lázaro, después del fracaso de su primer discurso, prolijo y fastidioso, se ve preso, en medio de la desbandada, no emplea Pérez Galdós menos de cincuenta términos para evocar a la «multitud», el «gentío», la «muchedumbre», la «manifestación», la «jarana», la «confusión», la «agitación popular», la «turba», el «rumor salvaje», la «masa», el «torbellino», el «camello», el «gran monstruo», etc. Y cuando vuelve Lázaro a la Fontana, la turba, furiosa y veleidosa, se abalanza sobre él, a consecuencia de un equívoco: se manifiesta tanto más cruel cuanto que su víctima yace postrada y sola. Palabras, ademanes, golpes: Lázaro se ve echado al suelo por la multitud rugiente, en medio de «carcajadas infernales». Lastimado, roto, doloroso, medio desmayado, siente las vociferaciones lejanas de la Fontana, mientras que los niños hacen mofa de él y le persiguen, y los serenos y transeúntes le toman por un borracho entre otros ciento. Y por fin, ¿cómo nos aparece la muchedumbre, en el desenlace de la novela, cuando quiere exterminar en una noche a todas las personalidades moderadas? Se infunde aliento a sí misma, en medio del tumulto y de «alaridos de bacanal». Esta «multitud» va y viene entre «convulsiones», «bramidos». Es la «pasión colectiva del inmenso pólipo», del «monstruo».

¿Quién es más cruel, la muchedumbre o Pérez Galdós? Hay que reconocer que el autor de *La Fontana de Oro* encuentra espontáneamente un lenguaje más neutral para evocar la procesión de las cofradías: en este caso también está presente la «multitud», y Lázaro

(28) Que no espere el lector más precisión en la descripción del medio social. En la Carrera de San Jerónimo (una de las calles más animadas del Madrid de entonces, según nota Pérez Galdós) las casas de los grandes alternaban con los conventos, con las casas particulares instaladas en viejos caseríos nobles y con las tiendas: una tienda de géneros y prendas de moda de unos irlandeses «establecidos aquí desde el siglo pasado»; una librería de mezquino escaparate en que hay la *Historia de España* del P. Duchesne, las novelas de Voltaire, *Las noches* de Young, etc.; una perfumería-bisutería, comercio frecuente en la época, especie de baratillo pintoresco; una tienda de comestibles «aristocráticos» muy afamada; un comercio de hilados de una vieja manchega, católica a macha martillo y «servilona de lo más exagerado». Al lado de todo esto hay, sin duda, la vida popular en las ventanas de los edificios ruinosos, las familias ruidosas y las riñas. Pero el lector no saca de estas descripciones ninguna impresión positiva: este pequeño comercio burgués y la vida de la calle merecen otros análisis.

se abre un camino difícil por entre ella. Pero estas «oleadas de gentes» son pacíficas. No manifiesta Pérez Galdós ninguna animosidad para con ellas.

He aquí, pues, algunos de los elementos «populares» que calca Pérez Galdós sobre la noción de «Revolución». Y para acabar de llevar al lector a una conclusión fácil de adivinar, añade al «partido revolucionario» algunos tipos que no carecen de interés. Javier es un hijo de familia distinguida, destinado en su juventud a las órdenes y que hubiera podido hacerse obispo porque su familia, una de las más nobles de León, tenía mucha influencia; desdichadamente se siente «impresionado por las nuevas ideas», pronuncia discursos en los clubs, escribe en *El Universal* «furibundos artículos»; pertenece, por sus opiniones «radicales» a la «fracción exaltada». Otro —anónimo— es un hijo de andaluces muy pobres; siguió por casualidad a las tropas de Riego; pertenece a la misma fracción, aun cuando pudiese orientarse hacia otra parte. Roberto «el Doctrino», personaje más inquietante, es un «frenético republicano», por su «radicalismo intransigente» y por cálculo, según dicen algunos; hijo natural de un vidriero, falto de dinero, es un advenedizo despreciable. Alfonso Núñez, uno de los oradores más reputados de la Fontana, es un «inocente», un «visionario», de «los que se dejan matar por las ideas»; va sembrando la agitación, sin darse cuenta. El propio Lázaro ¿no es también un «bobalicón» y no es su «inocencia» «angelical»? Traidores, inocentes o imbéciles: en algunas líneas pasa por alto Pérez Galdós todas las reivindicaciones populares nacientes.

Tres relatos merecen una mirada más detenida: los de los tres instigadores del complot «exaltado» que propende a destruir el orden asesinando a algunos ministros, consejeros de Estado y generales. Es primero Jorge Bessières, «el gran republicano francés». Es Juan Pinilla, «comunero y republicano»; abogado «sin pleitos», desprovisto de talentos, es un violento; se ha hecho «gran terrorista», «furibundo demagogo». Es Julián Lobo, «célebre republicano que después fue faccioso y uno de los más sanguinarios chacales del absolutismo»: ¿es un «verdadero demagogo» o un «absolutista disfrazado», como tantos? No se sabe.

¿Cuál es el factor común entre estos tres fanáticos notorios? Son sospechosos y se dejan sobornar, esto es innegable. Pero sobre todo son «republicanos». Y además son «como tantos». Dada la época en que Pérez Galdós escribe *La Fontana de Oro,* la manera con que insiste en esta amalgama llama la atención.

Fanáticos, republicanos, revolucionarios: de ahí a mostrar que son peligrosos provocadores hay poco trecho, y nos es dado comprobarlo

bien pronto. Si un orador de la Fontana explica al público qué peligro hay en multiplicar los tumultos y la agitación, al instante se hacen oír voces para condenar al que adormece a la revolución, y se agitan brazos para perseguirle a pedradas (29). Y cuando los «disidentes» de la Fontana van a fundar la Fontanilla, nuevo club que pertenece a una minoría frenética (30), ¿cuáles son las consignas? «Nosotros predicaremos la violencia, porque sin violencia no hay revolución... Nosotros vamos a predicar la democracia..., la soberanía suprema, absoluta, del pueblo..., la purificación, la exterminación...», exclama Alfonso, al mismo tiempo que estigmatiza «a esos republicanos tibios que van a las Cortes y a los clubs para sermonear sobre el orden y la moderación». Todos los términos de su discurso son equivalentes: la fórmula es matemática.

Y las proposiciones más sospechosas estallan: «No hemos conquistado más que unas cuantas fórmulas.» (Núñez.) «Enseñar al pueblo a pedir justicia, y si no se la dan, a hacerse justicia por sí mismo es lo que conviene.» («El Doctrino».) Que en este club en miniatura la mitad de los individuos sean provocadores no necesitaba Pérez Galdós decírnoslo con tanto ahínco. Ni tampoco mostrarnos cómo los argumentos insignificantes de Lázaro no pueden resistir frente a esta destreza y fuerza de convicción (31). Ni mezclar, una vez más, personajes inconsistentes, borrachos, depravados o viciosos, con el fin de espantarnos con su «republicanismo».

¿Dónde está el conflicto social?, pregunta entonces el lector. A esta pintura negativa y esencialmente sentimental del «pueblo» y de sus representantes, ¿qué tipo diferente de pintura opone Pérez Galdós?

La visión de la burguesía es también ilusoria. Sin embargo había mucho que decir sobre esta clase que se había elevado al poder. La única representación que se nos propone es la de un complot absurdo, en el cual habrían tomado parte los ministros y demás «moderados» de fama, con fines que no se pueden adivinar, ya que obrarían contra su propio interés. En realidad se trata del *Anillo de Oro* al que alude Pérez Galdós aquí, pero evita cuidadosamente mostrar su objeto político. Ahora bien: ¿cómo hubiera podido desconocer nuestro autor que aquella poderosa organización europea, nacida en el Norte tras el famoso Congreso de Viena, defendía con porfía los intereses

(29) Es lo que les pasa a Lázaro y sus amigos cierto día en que están expuestos a perecer a manos de los violentos.

(30) Son cuatro y van a fundar el «verdadero club revolucionario». ¿Quién no encontrará que extrema Pérez Galdós la caricatura de mala fe y toma a su lector por un simple?

(31) Propone Lázaro combatir las malas doctrinas con razones, y cuando habla de edificar una sociedad nueva, hacen coro los «disidentes» para replicarle: «El verdadero sacerdocio de la revolución... es destruir.» «Sin destruir es inútil pensar en edificar.»

de las clases privilegiadas? (32). Le conviene más hablar de «reunión misteriosa», de conspiradores y de «personas embozadas». Esto es más novelesco y, al mismo tiempo, menos inquietante para el lector razonable.

Ni las clases populares, ni la burguesía —según acabamos de comprobar— están caracterizadas desde un punto de vista económico y social. Ni siquiera parece existir un conflicto entre las primeras y la segunda, ya que nunca está planteado el problema en tales términos. Aunque las relaciones en la sociedad se han modificado y se sustituyó la burguesía, en el ejercicio del poder, a la aristocracia decrépita, finge ignorarlo Pérez Galdós, y se limita al conflicto del Antiguo Régimen (Aristocracia/Pueblo-Burguesía), como para convencernos de que, si existe un afrontamiento social, aquí es donde hay que buscarlo.

Añadiré que sus reflexiones en esta parte no carecen de interés. Que recuerde el lector el retrato de las tres viejas Porreño, representantes de aquella aristocracia arruinada. Viven en una casa bastante modesta, en la cual las señales de nobleza no se sitúan *en lo exterior* (carroza, lacayos, etc.), sino *en lo interior,* a título de recuerdos (retratos que forman la consabida galería de familia, varios objetos procedentes de la conquista de Indias, muebles apolillados, un reloj que se había parado a las doce de la noche del 31 de diciembre de 1800, porque «no quiso entrar en este siglo»). Su aislamiento y su ruina hicieron de ellas tres viejas «arpías», rencorosas, secas y rabiosas, y una de ellas se hizo santa «por convicción y por fervor». Son pequeños islotes de aburrimiento y de envidia en medio de la sociedad moderna, como suelen permanecer algunos en todos las épocas, e incluso hoy día en España. Casi no tienen ninguna relación con el mundo exterior, fuera de una vieja condesa —que no está arruinada— y que las tolera una vez al año a pesar de su situación; fuera de monjas vecinas a quienes visitan diariamente; fuera de Petronila y su hermano, el clérigo Silvestre Entrambasaguas, cura estúpido y parlanchín, «campanudo» y «hueco», y de baja extracción social (33), a quienes habían condescendido en frecuentar las tres «ruinas aristocráticas» sólo porque habían cambiado los tiempos, y frente a los que manifestaban una reticencia afectada y «establecían tácitamente la diferencia de las antiguas jerarquías»; fuera del propio *Coletilla.*

Porque Silvestre y Petronila Entrambasaguas, hijos de las capas rurales inferiores y más conservadoras —lo mismo que *Coletilla*—, siguen admitiendo aquella vieja jerarquía sin discutirla. A fines del si-

(32) Véanse sobre el particular las dos obras aludidas *supra* en la nota (10), singularmente la primera, pp. 638-645.

(33) Es hijo de un tocinero y él mismo crió cerdos antes de entrar en el Seminario para encontrar en la Iglesia el desahogo pecuniario.

glo XVIII, *Elías* —que no había venido a ser *Coletilla* aún— era mayordomo mayor en la casa «ilustre» de los Porreño y Venegas. El marqués de Porreño, buen amigo de Carlos IV y de Godoy (lo que Fernando VII no le había perdonado), se había arruinado en un pleito con otro marqués. Su hermano se había afrancesado y, a pesar de la protección de Junot y de Víctor, había sido proscrito. La familia se había hundido y los acreedores habían saqueado la casa. Quedaban las tres mujeres, las cuales, sin otros bienes que alguna que otra tierra pobre, habían estrechado sus relaciones con Elías, «un buen amigo», y se habían humillado hasta tratarle de igual a igual: «¡lo que puede la decadencia!». Pérez Galdós quiere caracterizar aquí la vieja política de la aristocracia, hecha de azares e incoherencia, resultado de un juego de intereses personales. Pero tiene buen cuidado asimismo en precisar que Elías ha conservado el sentido de la distancia social, porque él mismo pertenece al «bajo vulgo» y son las Porreño «elevadas señoras de la grandeza española»: lo que no le impide comprobar, por otra parte, que la política reaccionaria le ofrece otros recursos de ascensión social. Pero sigue hablándoles con respeto (llamándolas «usías») y diciéndoles: «lo que *han sido* y lo que *son* todavía».

No encierra la reflexión ninguna ironía. Verdad es que el factor común entre Elías y las tres Porreño es arrojar violentamente las «ideas del día», la «depra social» que cunde tan pérfidamente. Verdad es que su profesión de fe estriba en mandatos (o virtudes) estáticos, que ya no lo eran en el siglo XVII, bajo Felipe IV: religión, honor, superioridad de casta. Verdad es que este inmovilismo es retrógrado. Pero no menos cierto es que la decadencia de la vieja aristocracia significa que ha dejado de ser representativa del partido conservador y de toda vida política, y que *Coletilla,* si experimenta cierta nostalgia por un pasado histórico y por un tipo de relaciones sociales, se niega con todo a situarse al margen de la sociedad, como las tres Porreño.

Tiene derecho, pues, el lector a estimarse defraudado cuando llega a este punto de la ideología galdosiana. No hay «pueblo» ni «afrontamiento de clases». Hay un vacío político y la alternativa entre un viejo nacionalismo más o menos modernizado y un puñado de exaltados. No es esquematismo de parte de Pérez Galdós. Es una estafa. Es una intención profunda de ocultar el verdadero problema. Todos los personajes de *La Fontana* lo demuestran. No se trata, por tanto, para el lector de hoy día, de condenar o aprobar a las minorías «exaltadas» procesadas ante el tribunal de Pérez Galdós. Se trata de no confundirlas con las auténticas reivindicaciones sociales. Si éstas, en fin, se ven amenazadas con tanta porfía, desde un principio, por de-

tractores de todas opiniones —entre las que ocupa Pérez Galdós un puesto relevante— no es sino una prueba más de su existencia y de su alcance político.

III. Lázaro y Pérez Galdós a la hora de la alternativa política

La preocupación de Pérez Galdós es, pues, esencialmente política: emplea unos personajes y les da forma, y apela a acontecimientos que no son más que recursos. Los maneja con más o menos destreza para lograr su propósito. ¿Cuál es el único de los cuarenta y tres capítulos en que no se ensaña contra la «exaltación» en política para concluir que hace el juego de la reacción? Limitémonos a los ejemplos más sintomáticos.

Coletilla y el dueño de La Fontana de Oro están acordes en un principio, recibiendo el segundo el dinero del primero, para destruir la libertad (34), y pagando a su vez a ciertos oradores para sembrar la subversión. Se declara «en lo íntimo de su corazón partidario amantísimo de su rey absoluto». *Coletilla* le alienta en ello, excitando al tumulto y a las acciones desordenadas: «Eso es lo que quiere el rey.» Si aparece una disensión interna entre algunas minorías fanáticas, se alegra el viejo realista (35). ¿Qué opina de su sobrino Lázaro? Es un «charlatán» entre una «turba de charlatanes, de "badulaques"» buenos para encarcelar. ¿Qué palabras le dirige? Los oradores de los clubs son «muy exaltados, muy amigos de embaucar al pueblo y pronunciar discursos». Cuanto más «habladores», «impetuosos», «entusiastas», tanto más «útiles» *Coletilla* maneja los títeres de La Fontana y manda las asonadas. En cuanto ha logrado poner de su parte a los oradores más exaltados (masones, comuneros, sin distinción), casi ha ganado la batalla.

Hay que reconocer que Pérez Galdós bosquejó algunos jefes particularmente sospechosos: «Es preciso... ver el modo de que el pueblo bajo satisfaga su sangriento deseo —declara El Doctrino—. El no sabe lo que quiere ni por qué lo quiere.» Y Juan Pinilla, «gran orador de los comuneros, apóstol de las ideas más disolventes y extravagantes», se presta a todas las compromisiones. Reunidos todos hacen mofa y rechifla del «pueblo» y no hablan más que de asesinatos y de vio-

(34) Esto parece contradecir los hechos históricos y el papel desempeñado por el dueño de la Fontana en aquel entonces, Antonio Gippini. Pero, cegado por su ideal político, lleva el autor su demostración hasta la caricatura: ésta, como otras veces, sabe ser sistemática cuando lo quiere, a pesar de lo que se cree por lo común.

(35) Véanse sobre el particular los periódicos de la época, en los que se lee sin ambigüedad alguna la utilización de los conflictos internos con fines políticos retrógrados. Procura la derecha excitar la oposición «moderados-exaltados», mientras no puede favorecer la división de los propios «exaltados».

lencia. Se declaran dispuestos a hacer el juego de la «anarquía más horrible», de la «dictadura», del «terror» y de las «represalias espantosas», para facilitar la victoria del partido reaccionario. Si tienen un enemigo personal—como Bozmediano—los motivos no dejan de ser triviales, los odios irrisorios, y proyectan sin el menor sentimiento aprovecharse de las circunstancias para eliminarle ¿Cuáles son, pues, las motivaciones? El odio, el interés, el vino, a veces el ocio. O sea, no existe la motivación política.

Entonces es fácil entender hasta qué punto estos personajes sirven a *Coletilla* (36). Este, a lo menos, no es ambiguo en su comportamiento. Es feroz, orgulloso, brutal, perverso, terrible en sus cálculos, «amigo ciego de la tiranía»; tiene «sarcasmo» y «diabólica malicia», «resolución cínica»; es un «musulmán fanático». Quiere destruir el liberalismo valiéndose de los exaltados para restablecer el despotismo: «Ya sabe usted cuál es el pensamiento del rey. Ante el público, ante la Europa, esos hombres son sus amigos, algunos son sus ministros, otros son sus consejeros de estado, otros los diputados que apoyan sus decretos en las Cortes. Aparentemente el rey los ama; pero, en realidad, les odia, les detesta. Por ellos se entroniza el sistema constitucional; ellos dan fuerza al liberalismo. Ya veis cómo para acabar con el liberalismo hay que acabar con ellos.»

El juego político de *Coletilla* es, por consiguiente, riguroso, porque lo hace todo para evitar una «posible reconciliación» entre moderados y exaltados (37). El fragua del principio al fin el complot último que prepara la matanza por la muchedumbre de unas treinta personas: «Grandes turbas de gentes obedecen ciegamente nuestro mandato. Eso bueno tienen las ideas exaltadas: que es muy fácil llevar al pueblo al terreno de los hechos, incitándole con ellas. El pueblo se deja llevar, y le gusta que le lleven.»

Así es como se coalizan contra el liberalismo, según nos dice Pérez Galdós, los exaltados, los reaccionarios, los sospechosos e incluso gente «guiada sólo por el patriotismo mal entendido, por la ignorancia o la ambición, y por fin el pueblo, «fácil de engañar», impresionable y dócil». Llega Pérez Galdós a un punto importante en su demostración: son peligrosos los clubs porque aparecen, a partir del otoño de 1821, es decir, después de año y medio de sistema constitucional, como focos

(36) «La Fontana de Oro sirvió al rey y a la reacción más que los frailes y los facciosos, porque en ella había un cáncer que en vano trataban de cortar algunos hombres prudentes, expulsando a quien no era culpable.» Es el «cáncer de la venalidad», y bajo este aspecto todo el esfuerzo del autor consiste en mostrarnos que la Fontanilla no solamente es una sucursal de la Fontana, sino que también es un encarecimiento.

(37) Lógicamente advierte «El Doctrino» que no cree en esta reconciliación, porque han llegado los exaltados, guiados por su ideología, hasta los extremos de la «intransigencia».

de republicanismo, de fanatismo, de violencia (38). El autor de *La Fontana* opina en esto como los moderados, quienes, dándose cuenta de un peligro, tomaron rápidamente medidas contra los clubs, antes de cerrarlos por completo.

No es un encuentro fortuito. Se hace Pérez Galdós, siempre que lo puede, el apóstol de la moderación, del sentido común y del justo medio. Estigmatiza a *Coletilla,* al rey, a la camarilla y a los absolutistas en general (39). Desprecia al pueblo, es decir a la «plebe fanática», tomada en sus individualidades o globalmente. Se ensaña contra la exaltación, bajo diferentes pretextos. Pero se muestra lleno de indulgencia frente a los pecados de juventud de tal «revolucionario» extraviado. Y alega en favor de un sistema ideal que excluiría todos los inconvenientes precedentes. No ignora sin duda que el liberalismo no es el sistema político de los pobres (40), pero no le detiene en su camino esta dificultad que se presenta ante sus aspiraciones, políticas o sentimentales.

A los españoles de 1870 que dudan ante un camino político, les ofrece Pérez Galdós el ejemplo de la redención de Lázaro: redención política y moral. ¿Cuáles son las etapas sucesivas? Primero cuando llega a Madrid, le rechaza su tío *Coletilla,* en el nombre de la tradición. Luego pronuncia en La Fontanta su primer discurso fracasado, a consecuencia del cual está encarcelado, en el nombre del orden. Después le echan fuera de La Fontana y le maltrata el populacho, en el nombre del desorden, por decirlo así. Entonces empieza a reflexionar. Es «inocente», «infeliz», «un pobre diablo», «el último de los seres», una «víctima», un «desdichado joven». ¿Qué hace? Vuelve a casa de *Coletilla,* que le parece ser un «refugio de paz». Estos pocos días en Ma-

---

(38) Hablando de los políticos exaltados, escribe Pérez Galdós en su capítulo primero que hicieron sus primeras armas en la Fontana, antes de dirigir en lo sucesivo la política del país. Expresa su desconfianza con sarcasmo: «Muchos de ellos viven hoy, y no son, por cierto, tan amantes del bello principio que entonces predicaban.» ¿Alude aquí, entre otros, a Alcalá Galiano (muerto desde poco tiempo)? Puede ser. El caso es que éste *(op cit.,* cap. «Las sociedades patrióticas de 1820 a 1823) explica minuciosamente que tomó repetidas veces la palabra en la Fontana en 1820, pero ya no en 1821 (a partir de febrero), en que «vino a ser un teatro donde se representaban escenas escandalosas». Y añade que nunca pronunció discursos que incitaran al desorden: caminar político —juventud-vejez—, que no puede menos de hacernos sonreír.

(39) No vacilará en mostrarnos a *Coletilla* mal recompensado de sus esfuerzos por Fernando VII en 1824, después de la restauración absolutista: el rey le rechaza y hasta le manda vapulear por el último de sus lacayos. «Así pagan los tiranuelos», escribe Pérez Galdós. Y se muere Elías de hipocondría, lo que al fin y al cabo equivale a una satisfacción de orden moral.

(40) El ex abate Gil Carrascosa dice a Bozmediano: «Usted, que es rico, puede ser liberal. Yo soy muy pobre para permitirme ese lujo.» Y no es éste solamente un rasgo de malicia.

drid fueron, para él, un «continuado martirio». Está pronto a hollar sus convicciones primeras. La idea de la apostasía política no le «molesta» tanto. Ya no es «aquel joven ardiente que se creía destinado a grandes fines». Será en adelante «un pobre desheredado, sin vigor de espíritu», «sin esperanza y sin ideas». El amor incondicional que siente por Clara empieza también a desterrar las demás preocupaciones: el viejo credo político, muy apagado, se transforma en tonalidad menor.

A partir de este momento, ve Lázaro a su tío con ojos distintos: siente respeto por él. Distingue en las viejas Porreño «tres perfectos modelos de virtud». Su hipocresía de beatas le parece ser «el colmo de la generosidad». En medio de su «sufrimiento», de su «postración», el «infeliz» —«pálido» y «abatido»— está conmovido: «El pecador se sintió conmovido de gratitud.» Experimenta «cierto descanso moral».

No menos significativas son las etapas sucesivas. Empujado por una especie de fatalidad política, revela Lázaro a sus amigos exaltados, por motivos fútiles, el lugar de la «reunión misteriosa» de las personalidades moderadas. Al mismo tiempo, ante una «masa de juventud inocente y soñadora», dispuesta a aplaudirlo todo, hace un discurso que tiene un éxito clamoroso. Con sorna, titula Pérez Galdós este capítulo: «Triunfo de Lázaro.»

Este entonces va a hacerse cargo de la inmensidad del sangriento desastre que con su inocencia fraguó. Sin darse cuenta él, su discurso invitó a la muchedumbre al crimen (41). Y aunque fue solamente una defensa de la libertad en el sentido más noble y más teórico, no ha sido recibido de esta manera (42). Lo puede comprobar a cada paso Lázaro (43). Le recuerda Pinilla (el «republicano», como nadie lo ha olvidado) las palabras que enunció y le manifiesta cómo se han interpretado, sin olvidarse de la conclusión: «¿Nos detendremos con timidez, asustados de nuestra propia obra? No... Detenerse en esta mitad es caer; es peor que no haber empezado.» Está confundido Lázaro («no, no es esto lo que yo prediqué»), porque es preciso que salve la vida de las inocentes víctimas, con peligro de la suya. Prisionero de su papel «popular», ni siquiera puede avanzar por la calle: cada cual le detiene a cada paso para que pronuncie nuevo discurso. Se le recuerdan sus propias palabras («¡Adelante en el camino; retroceder es

(41) «La Fontana estaba aquella noche elocuente, ciega, grande en su desvarío. Iba a perpetrar un crimen sin conocerlo. Su elocuencia era la justificación prematura de un hecho sangriento, y para el que conocía su próxima realización, las galas de aquella oratoria juvenil eran espantosas y sombrías.»

(42) Lo reproduce irónicamente Pérez Galdós, entrecortándolo de comentarios circunstanciados, como en las versiones de las sesiones de Cortes: *grandes aplausos, risas, aplausos, grandes y estrepitosos aplausos.*

(43) Por ejemplo, «un zapatero de la calle de la Comadre» repite con entusiasmo algunos trozos.

la muerte; pararse es la infamia!»). Sólo tiene la revelación de que su discurso electrizó a la muchedumbre (44).

A pesar de todo, acertará en su empresa: ¿podía vacilar más tiempo Pérez Galdós sobre el particular? (45). Se opondrá a que, por culpa suya, a consecuencia de una «horrible invención del absolutismo, que se había valido del partido exaltado», se asesine a los inocentes, haciendo del «pueblo» el instrumento de esta execrable maquinación. Y no le queda más que fugarse, al día siguiente, para escapar del furor de los exaltados, del de los reaccionarios, del de todos los fanáticos y del de la turbamulta, y desaparecer en silencio con Clara: pero éste ya es asunto del novelista.

¿Cuál es la conclusión de Pérez Galdós? «Baste decir que renunció [Lázaro] por completo, inducido a ello por su mujer y por sus propios escarmientos, a los ruidosos éxitos de Madrid y a las ideas políticas». Tuvo el «raro talento de sofocar su naciente ambición» y confinarse *motu proprio* en su aldea, «buscando en una vida oscura, pacífica, laboriosa y honrada la satisfacción de los más legítimos deseos del hombre». Nunca se arrepintió. Vive apartado del mundo, en su tierruca de Aragón. «Con paciencia y trabajo» aumentó sus bienes y se hizo una «posición desahogada».

Hablando de otra forma, vuelve Lázaro a su primitiva categoría social. Vuelve a ser el buen español que nunca debía dejar de ser. De hacerlo antes, se hubiera casado con Clara al principio de la novela: no hubiera existido la novela en sentido *novelesco*. Es, pues, una ocasión para que cree el autor —el cual no se propone hacer un cuadro de costumbres— unos personajes destinados a expresar un ideario político y para que condene, a través de la experiencia liberal, todas las aventuras democráticas o republicanas. Es un aviso en un período significativo de la historia de España (46).

---

(44) En el capítulo XLI revela *Coletilla* al rey que con este discurso se volvió «loco» el público.

(45) *La Fontana de Oro* es la única novela, en la obra cuantiosa de Pérez Galdós, que no se publicó cuando se escribió, sino bastante tiempo después. Lo que acentúa su carácter singular. Si las últimas páginas se escribieron muy posteriormente al resto de la obra es porque dudó en el desenlace con que iba a rematar su libro, esencialmente por lo que se refiere a Lázaro: para dar más realce al escarmiento, era lógico que muriese éste a manos del populacho. Era el castigo que se podía esperar para un aprendiz de brujo, incapaz de dominar las fuerzas que había desencadenado en su inocencia. Era también la consecuencia ineluctable de la demostración política del autor. Después de vacilar debió de encontrar Pérez Galdós este castigo demasiado fuerte y escogió la redención, de menos crueldad y de más alcance positivo. Al contrario, muere «El Doctrino» —más perverso, más satánico— de un balazo liberal. Hay en esto una especie de transposición de un personaje a otro.

(46) En realidad, Pérez Galdós hace caso omiso de todo el telón de fondo económico y social de España. Desde el 29 de enero de 1811 hasta el 17 de marzo de 1814 menudean las medidas de protección del capitalismo andaluz naciente (mercaderes de Cádiz, agricultura e industria en las Américas, lanas,

Conserva Pérez Galdós cierta nostalgia por el siglo XVII, en que la nacionalidad española era «vigorosa», «original y profundamente característica» y en que no había sido contagiada todavía con las influencias extranjeras: «La irrupción de costumbres francesas, verificada con la venida de la dinastía nueva a principios del siglo XVIII transformó hondamente la sociedad» (47). La «sociedad nueva» es, pues, la «moda nueva». En esto es tan intransigente y conservador Pérez Galdós como Cadalso en sus *Cartas marruecas,* un siglo antes. Según él, la responsable de la aventura liberal y de sus consecuencias trágicas es Francia: lo que le incita a parapetarse tras un nacionalismo de buena cepa.

A Pérez Galdós le asusta la revolución. Lo repite sin descanso: «Estas iniquidades, proyectadas por pocos y llevadas a cabo por muchos con la sencillez propia de las turbas engañadas, son muy frecuentes en las revluciones. El gentío obra a veces obedeciendo a una sola de sus voces, cualesquiera que sea: se mueve todo a impulso de uno solo de sus miembros por una solidaridad fatal.» Para quien sabe

---

pesca de la perla y ballena, tejidos de algodón, fábricas y artefactos, agricultura y ganadería, grandes rebaños, tabaco, oro y plata, etc.). Durante el Trienio se intensifica esta situación. Se habla en particular, el 29 de junio de 1821, en el decreto LXXII, sobre *Contribución de patentes* de «los capitalistas, sean o no comerciantes, que por cualquier medio, por sí o por medio de otras personas, emplean sus capitales en objetos de comercio por mayor o en cualquiera industria, asientos, empresas, provisiones, cambios, seguros, préstamos o descuentos», y se enumeran detenidamente a continuación todos los sostenes de la burguesía, desde los comerciantes hasta los industriales, pasando por los comisionistas, corredores de cambios y banqueros.

Como consecuencia directa, la agitación crece entre las clases explotadas, entre 1820-1823: en febrero de 1821, por ejemplo, en Alcoy, la gente de la ciudad y de los pueblos de los alrededores incendia las fábricas y destruye las máquinas de hilar y cardar las lanas, bajo el pretexto que su introducción acarrearía una disminución del número de obreros.

Entre 1823 y 1833 sigue creciendo la agitación (Barcelona, Alcoy, etc.). Se constituye el proletariado de las ciudades (País Vasco, Cataluña, Andalucía), mientras que Madrid viene a ser el centro del nuevo capitalismo (Seguros, Bancos, Sociedades).

Las primeras huelgas y alborotos dirigidos contra los «ricos» son de los años 1855 (Barcelona) y 1856 (Zaragoza, Valencia, Castilla). Y el pronunciamiento del 18 de septiembre de 1868 ofrece la imagen de una coalición revolucionaria híbrida que sólo provoca la caída de Isabel II y de los moderados, es decir de cierto tipo de monarquía constitucional, exactamente cuando empieza el proletariado a reivindicar como clase explotada.

Sobre este telón de fondo, pues, desarrolla Pérez Galdós su novela. No ignoro que desde el Trienio constitucional está abierta la lucha entre el pueblo y la burguesía. Su visión del Trienio está contaminada de medio siglo de historia ulterior.

Su proceder entonces aparece muy claramente: evocar y condenar a los primeros exaltados para llamar fuertemente la atención de los españoles de su tiempo. Y sobre este punto la ideología de Galdós se confunde con la de los moderados de 1820-1821 (Argüelles, Martínez de la Rosa, Felíu, etc.) y también con la de cualquier reaccionario del postcuarenta y ocho, asustado por el imperio, la ceguedad y el desenfreno de las turbas en Europa.

(47) Y enumera Pérez Galdós las calamidades de este nuevo estado de hecho: desde los «abates» hasta la «literatura clásica», fría e hipócrita, pasando por una moda complicada y un amor cortés, refinado, sin nobleza.

que las últimas páginas de la novela son de diciembre de 1870, que la influencia de la Primera Internacional en España empieza a dejarse sentir y que la Primera República se declarará el 11 de febrero de 1873, hay motivo para no pocas reflexiones sobre la vía política —prudencia, absentismo, vacío— que propone Pérez Galdós a sus compatriotas para el porvenir (48).

ALBERTO DÉROZIER
Université de Besançon
Faculté des Lettres
et Sciences Humaines
Besançon (France)

(48) No pretendo aplicar sistemáticamente el resultado de estas reflexiones al conjunto de la obra de Pérez Galdós. Ya emití restricciones prudentes al empezar este breve estudio. A pesar de todo, estoy convencido de que no carecería de interés el volver a examinar algunas obras del novelista bajo este enfoque: singularmente los *Episodios nacionales* y, más aún, *Doña Perfecta*...